

intelectual. Esto ocurre incluso ante desafíos de envergadura considerable, como el espléndido diálogo que entabla con la metodología crítica de Gérard Genette o el ejercicio de comprensión ante alguien tan ajeno a su sensibilidad política como Christa Wolf (esto también es liberalismo). Es cierto que Domínguez Michael no se niega —ni niega al lector— el placer de lanzar frases contundentes: desde enjuiciar un argumento concreto como “una desmesura y una tontería” a emitir valoraciones lapidarias como “Nunca me ha parecido que Michel Houellebecq sea un gran escritor”, o “Era del todo previsible que con la muerte de Mario Benedetti se expandiese un agudo brote epidémico de cursilería”. En muy contadas ocasiones —como la inclusión de un texto sobre el Nobel de Dylan del que luego se reniega en una nota al pie— la osadía puede resultar desconcertante. Sin embargo, la impresión general que se desprende de los textos es que se toman muy en serio tanto al lector como al objeto de su análisis. Además, y pese a que Domínguez Michael no tiene reparo en utilizar la primera persona, la atención permanece centrada en los múltiples sujetos que desfilan por estas páginas. Al terminar el libro uno no tiene tanto la impresión de conocer mejor al autor como de saber mucho más sobre César Aira, Ricardo Rojas, los autores del *crack*, las propuestas teóricas de Fernández Mallo o los reproches que se le pueden hacer al orientalismo académico. En esto, también, *Ateos, esnobs y otras ruinas* exhibe una rara y valiosa coherencia. —

DAVID JIMÉNEZ TORRES es escritor, columnista y profesor universitario. En 2018 publicó la novela *Cambridge en mitad de la noche* (Entre ambos).

La arbolada

Yolanda Pantin

para Leonor Báez

Eran días dolorosos
y cuánto,
lo mismo un día
que un año.

Todo lo que pasaba
con pesar fluía. Las piedras

sobre el pasto
como telas
en los ríos
lavadas.

(No había agua.)

Veía a los amantes
en los peñascos
que una vez bajaron
de la montaña.

A los guijarros
bajo las piedras
madres,
miraba. En un sendero

encontré para Leonor
una piedra
de rayo.

Vi una roca como Cristo
resucitado.

Me llamaban los pedazos
que a fuego y con buriles
tenía en mis adentros
grabados.

Estaba mi padre en su cama.

Extensos bosques
vimos levantarse
y en un claro
pastar
a los caballos.

Se hizo el milagro.

Las hojas
comenzaron a moverse
en las copas
de los matapalos,

y a caer de los mangos
sus dulces frutos
áureos. —

YOLANDA PANTIN (Caracas, 1954) es poeta. Entre sus múltiples libros se encuentran *País. Poesía reunida* (1981-2011) (Pre-Textos, 2014) y *Lo que hace el tiempo* (Visor, 2017). Este año obtuvo el Premio Internacional de Poesía García Lorca y junto con Ana Teresa Torres publicó *Viaje al poscomunismo*, en Editorial Eclepsida.